

Popular narración que cuenta la historia de una ballena que en realidad es una cuba de vino que se les cae al río Sequillo, mientras la reparaban, a los Escobares de Villafrades quedando varada en el puente de Gatón. Son varias las versiones de ella en la que se juega con las expresiones "ballena" o "¡qué va llena!".

LA BALLENA DEL SEQUILLO



Era ya bien entrado el mes de marzo, el campo resplandecía con su manto verde. El cereal había nacido con pujanza a su debido tiempo. La hoja non estaba de trigo temprano, salvo algunas parcelas reservadas a la legumbre que, como siembra de primavera, aún no habían nacido. Las previsiones de cosecha eran halagüeñas.

Una pandilla de chavales, capitaneada por el de más edad, llamado Dimitri, aprovechando que era sábado y no había escuela por la tarde, tomamos el camino y emprendimos viaje a Gatón. Vosotros - dijo Dimitri - apretaos el cinto hasta el último ojal. Así nadie se cansará y al trotillo marranero llegaremos en veinte minutos. Los labradores que en aquellos pagos arrastraban los sembrados nos amenazaban con la tralla creyendo íbamos a coger nidos. Se lo diremos a vuestros padres. Dejad a las perdices en paz. Se equivocaban; nuestra obsesión era comprobar si era cierta la noticia que Justo el lechero gatonés iba repartiendo en cada casa de Cuenca cual si fuera leche: os aseguro que cuanto os digo es cierto, como los cuartillos que tengo en la mano. Lo acabo de ver con mis propios ojos. Una ballena ha embarrancado en el río de mi pueblo. Al no poder atravesar el puente, le ha taponado con su corpachón.

No resopla como las de los mares porque el Sequillo no da para más. Tiene el color del betún y la boca bien abierta.

No tardó la caterva de escolares de Cuenca en colarse entre el tumulto que, con las fuerzas vivas de Gatón, se hallaba en el puente preparando la estrategia que debería ponerse en práctica para reflotar al cetáceo. Como este paso es nada menos que la cañada que de Astorga conduce a Palencia, había llevado la noticia ballenera a Villarramiel un arreador de vacas. Y a los Íñigos y otros cecineros de aquel industrioso lugar les faltó tiempo para presentarse en el río con dos carretones, dispuestos a comprar todo el despiece del naufragado cachalote. Mejor que la de burro será y más blanda - decían -.

Calma, esto es una cosa muy seria, advertía Maruco, el guarda jurado de Gatón, jerarquía de orden rural y en aquel momento delegado del alcalde. Las burlas de los circunstantes arreciaban, se adueñaban por momentos de la situación: "¡qué va llena!" gritaban. Las risotadas se hicieron apoteósicas cuando se acercaban por el malecón del río los Escobares de Villafrades. Éstos, al ver tanta aglomeración, pensaron que sus pesquisas habían sido coronadas por el éxito. Nadie sabe lo que pudieron trabajar en la bodega dos días antes, desarmando aro por aro y dueña por dueña la enorme cuba, que era la que hacía el mejor vino de su vendimia. Pensaron que la ajustarían mejor en la parva del río. Allí la volvieron a montar. Se les echó la noche encima y acordaron anclarla sobre unos poínos con el fin de trasladarla, al día siguiente, a un pajarón oscuro. Allí la llenarían de mosto cuando llegase el buen tiempo y se ahorrarían el trabajo de ensamblarla de nuevo en la cueva. Como de noche el diablo hace jugarretas, uno de los poínos resbaló, yendo la corpulenta vasija de cabeza al Sequillo.

A todo esto, lo que puedo acabar en reyerta tomó la vía de la concordia. No podía ser de otro modo tratándose de personas de pueblos limítrofes, muchas incluso tenían familia en Gatón y acudían al baile por la fiesta de Las Nieves.

Manos a la obra - dijo un tal Machado -, aunque alguno haya querido acabar con el monstruo marino airadamente, haciéndole astillas a base de hachazos y con ellas una gran hoguera, yo propongo que mis mejores mulas la saquen a tierra. Madrigal, vete a la cuadra por la Preciosa y la Cebra, las aparejas con los tiros de cabo de pita y traes de la mano un balancín para, atravesado por dentro de la boca de la cuba, tirar sin miedo hasta ponerla en la Senda de Grijas y que nuestros amigos los señores de Escobar la lleven rodando a su destino.

La operación de reflote se consumó con éxito. Felicitaron a Machado por ser el dueño de tan buena yunta de mulas y a su criado Madrigal por mandarlas como el mejor de los arrieros.

¡A celebrarlo, fiesta!, dijeron los Escobar. Nos hallamos a un paso de la Genarilla. Se llenó la taberna, y para los que no pudieron entrar por falta de espacio sacaron jarros y más jarros de vino de la tierra. ¡Una invitación por todo lo alto!

- ¿Qué se te debe, Genarilla?, preguntó el mayor de los Escobares.

- *Siete duros, Lucas.*

- *Ahí van como siete soles. Toma ocho para que sirvas a esos niños de Cuenca, que no pudieron resistirse a la magia del lechero, que sin duda es el hombre más feliz de Gatón. Parece que le estoy viendo llegar de repartir leche sin carro y sin caballería. Los perdió jugando a las chapas, además del dinero que llevaba. Pon a esos diablillos conquenses tres jarros, que rebose la medida. Eso sí, con marcha atrás. Ya sabes, Genarilla, con mucha gaseosa. Tienen que andar el camino y les conviene llegar antes de la puesta de sol. Dales también unos puñados de cacahuetes, que la miseria para nada es buena.*

Los curiosos rapazuelos solo pudieron asomar un momento a la taberna, el suficiente para leer un cuarteto de romance escrito en letras grandes sobre un cartón que colgaba de la pared:

*Cantadores y toreros
tiene la fama Sevilla
Y para beber buen vino
En Gatón la Genarilla.*

Hubieran regresado eufóricos estos infantes a no ser que cerca de la cuestona del Camino de Cuenca les estaban esperando unos cuantos jovenzuelos de Gatón para despedirles con una lluvia de guijarros.

En sus casas recibieron varios mosquilonos costumbre que se prodigaba en aquel tiempo.